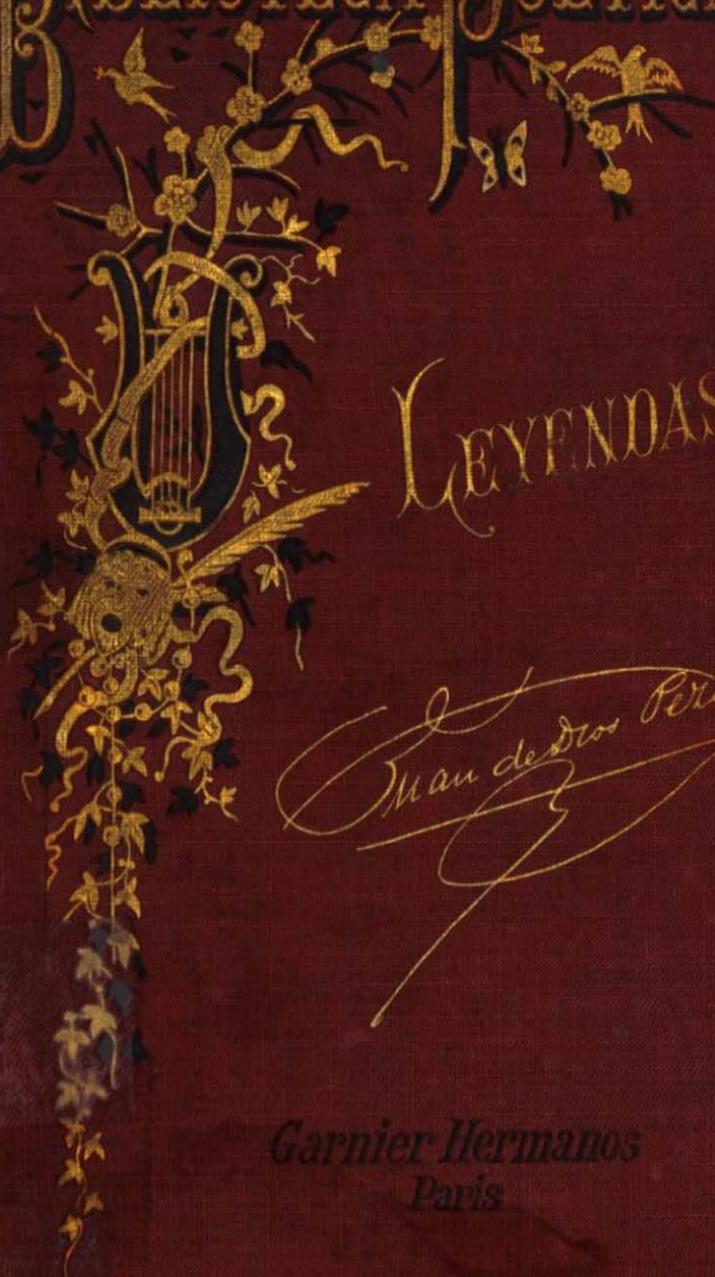


BIBLIOTECA POÉTICA



LEYENDAS

*Man de Dios Peru*

Garnier Hermanos  
Paris



JUAN  
DE DIOS  
LEYENDA



PQ7297  
.P48  
A17  
1898

A



1020028315

A mi preciosa Amiguita  
Felisa Covarrubias, a cuyo  
padre quiero fraternalmente  
desde hace años, con mis  
votos por su constante ventura

Manoedín Peto  
POESÍAS COMPLETAS

Méjico 24 de Abril de 1906



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

POESÍAS  
COMPLETAS

DE  
JUAN DE DIOS PEZA

Única colección autorizada por el Autor

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS  
LEYENDAS

HISTÓRICAS, TRADICIONALES Y FANTÁSTICAS

DE LAS CALLES

DE LA CIUDAD DE MEXICO

Con prólogo de LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

100082

CAPILLA ALFONSIANA  
BIBLIOTECA UTIVERSITARIA  
PARIS

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES  
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

1898

32311

ES PROPIEDAD



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

861  
P.

PQ 7297  
F48  
A17  
1898



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

11688

Madrid 28 de Enero de 1890



D<sup>os</sup>

Garnier hermanos

Paris

Muy Señores míos

Autores á ustedes

para hacer una edición Com-  
pleta de mis poesías bajo  
el orden que verbalmente  
indiqué á su Comisionado

La obra que ustedes  
publiquen será la única  
dirigida y arreglada por  
mí, pues todas las ediciones  
que hasta la fecha ~~se~~

han hecho de mis versos en  
otros países y en el mío, ni  
me fueron Consultadas á  
su debido tiempo, ni han sido  
autorizadas previamente ni  
obedecien á un plan que sea  
de mi agrado

Soy de ustedes  
afuso y seguro servidor

Man de Dios Peña

## PRÓLOGO

---

La historia moral y física de una ciudad — ha dicho un escritor — está ligada con el nombre de sus calles. « Se deben estudiar estos nombres — agrega — establecidos ó modificados por la rutina, reformados por los acuerdos municipales, cambiados por los acontecimientos, como una lengua muerta que se corrompe, que se pierde día á día, y que pronto no tendrá un solo intérprete ».

La historia de la ciudad de Méjico — aun no escrita — tiene una completa relación con los nombres de sus calles, pues unos recuerdan sucesos históricos, otros poéticas leyendas ó encantadoras tradiciones, basadas en piadosas consejas, en fantásticas narraciones, transmitidas al través de los tiempos.

En efecto, todavía como restos arqueológicos de la antigua Tenochtitlan, quedan nombres indígenas á muchas de las calles. Los de *Cocolmecca*, *Cuaxomulco*, *Chiconautla*, *Huacalco*, *Mixcalco*, *Nabuacolato*, *Necatitlan*, *Tecpan*, *Tepechichilco*, *Tepotzan*, *Tezontlale*, *Titza-*

pan, *Tlaxcaltongo*, *Tlaxcoaque*, *Tlaxpana*, *Tlaltilco*, *Tetzontlale* y el de la famosa de *Tlacopan* ó *Tacuba*, que fué teatro de la célebre derrota de la « *Noche Triste* » pueden servir como ejemplo de lo que decimos.

Respecto de la época colonial, la mayor parte de los nombres de las calles recuerdan un suceso histórico ó legendario.

La memoria de los religiosos franciscanos, dominicos y agustinos, que vinieron sucesivamente á Nueva España en 1524, en 1526 y en 1533, se halla indeleble en las calles de *San Francisco*, *Santo Domingo* y *San Agustín*; los hermanos de la Caridad, después hipólitos, que se establecieron en 1567 y los juaninos en 1604, han impuesto sus nombres á las calles de *San Hipólito* y *San Juan de Dios*; las treinta y cuatro religiosas y dos novicias, que fundaron el primer convento de monjas en Méjico, dieron desde 1541 nombre á las calles de la *Concepción*, y así otras muchas órdenes tanto de hombres como de mujeres.

Los colegios fundados en aquella época, legaron sus nombres á las calles de la *Universidad*, *San Pedro* y *San Pablo*, *San Juan de Letrán*, *San Ildefonso*, *San Ramón*, *Colegio de Niñas*, de *Inditas* y de las *Vizcainas*; los hospitales á las de *Jesús*, *Real de Indios*, *San Andrés* y *San Lázaro*; los edificios públicos á las de la *Aduana*, *Apartado*, *Albóndiga*, *Acordada*, *Coliseo*, *Correo*, *Estanco*, de la *Moneda* y del *Rastro*.

Y no sólo se puede recordar la historia de las órdenes religiosas, de las casas de beneficencia y de los establecimientos de enseñanza. Las calles de *Alfaro*, *Alconedo*, *Chavarría*, *López*, *Tiburcio*, *Vergara* y *Zuleta*,

nos traen á la mente nombres ilustres por sus virtudes, por sus riquezas, por su valor; las calles del *Parque del Conde*, de la *Condesa*, de la *Mariscala* y de los *Medina* los títulos nobiliarios que hubo en Nueva España; y las calles del *Ángel*, de la *Joya*, de la *Quemada*, de *Don Juan Manuel* y tantas otras, las leyendas y tradiciones de aquellos tiempos poéticos por lejanos.

Esto relativamente á los nombres de las calles que existen. Muchos que han desaparecido nos recuerdan á *Cuabtemoc* en la de *Guatemuz*, hoy del *Factor*; otros á conquistadores, como las de *Pedro González Trujillo* y *Martín López*, hoy de las *Rejas de Balvanera*; no pocos las acequias que limitaban la ciudad española de la indígena, y que tuvieron para ser atravesadas, sendos puentes, que impusieron título á las calles del *Puente de San Francisco*, *Puente Quebrado*, *Puente del Espíritu Santo*, *Puente de Palacio*, *Puente del Fierro*, *Puente de la Leña*, etc., etc.

Aun los gremios de artesanos, los oficios en que muchos de los buenos habitantes se distinguían, nos conmemoran las calles de *Cordobanes*, *Cedaceros*, *Curtidores*, *Cbiquibuiteras*, *Plateros*, *Tlapaleros* y *Talabarteros*.

Y hay calles que no sólo interesan por sus nombres, sino por los sucesos que en ellas se verificaron ó por las personas notables que en ellas tuvieron sus moradas. La de los *Donceles*, donde vivió Antón de *Alaminos*, el audaz piloto que por vez primera atravesó el canal de Bahama; la de la esquina de *Santa Teresa* y la *Moneda*, donde estuvo la primera imprenta del Nuevo Mundo; la del *Relox* y *Santa Teresa*, donde tramaron

una conspiración los hermanos Ávilas; la del *Amor de Dios*, donde escribió sus obras Sigüenza y Góngora; la de *San Agustín*, donde habitó el sabio Humboldt; la de las *Damas*, esquina á la de *Ortega*, donde se hospedó Bolívar; la cerrada de *Santa Teresa*, donde murió misteriosamente el licenciado Verdad, mártir de la democracia y de la independencia.

Como podrá observarse, un estudio detallado, minucioso, erudito de cada una de estas calles, sería, á la vez que interesante para la historia de la ciudad de Méjico, útil al viajero que al trasmitirlas le parecería leer la crónica animada en tantas calles y callejas.

La vieja Tenochtlán surgiría de sus lagos con sus palacios, sus acueductos, las casas de sus nobles y los templos de sus dioses. Surcarían sus calles de agua, mil canoas hundidas casi bajo el peso de los frutos y las flores de las chinampas; desfilarían los reyes ó señores aztecas, valientes como Moctezuma I, feroces como Ahuizotl, pusilánimes como el último de los Moctezumas, heroicos hasta el martirio como Cuitlahuatl y Cuatemoc.

Contemplaría el curioso la entrada de Cortés y los suyos, castellanos y tlascaltecas, por las calles de *Jesús*, entonces de Ytztapalapan; se horrorizaría con la matanza del *teocalli* mayor ordenada por Pedro de Alvarado; asistiría á la humillante escena de los grillos puestos á Motesuma Xocoyotzin; á la muerte de éste, asesinado por los invasores; vería á los conquistadores salir por la calzada de Tacuba, silenciosos primero, después en precipitada fuga; sería testigo de cómo sucumbe un pueblo defendiendo palmo á palmo la

ciudad, los hogares, los dioses y la vida, luchando contra un enemigo superior por el número de los aliados y á quien parecía proteger el hambre, la sed y la peste.

De entre los escombros de esta ciudad renacería como el ave mitológica, la capital de Nueva España, fundada por Hernán Cortés y sus capitanes.

Á sus sorprendidos ojos se levantarían palacios, templos, monasterios, edificados por los vencidos, por los mismos indígenas; obligados unas veces por el azote de los encomenderos; persuadidos otras de hacer una obra buena, cuando escuchaban la palabra elocuente y sencilla de los humildes y santos misioneros; de esos varones evangélicos, apóstoles de la religión de Cristo, verdaderos introductores y padres de la civilización mejicana, mártires abnegados de sus ideas, amparo y único consuelo de los indios.

La vida colonial absorbería su atención durante las tres centurias de dominación ibérica. Los frailes, las monjas, los oidores, los virreyes, los alcaldes, los alguaciles, le llevarían á los conventos y á los palacios; los inquisidores, los catedráticos, los doctores, le invitarían á presenciar los *autos de fe*, las clases en los colegios y los *actos* de la Universidad; los poetas prosaicos y gongorinos, los prosistas indigestos por su erudición y estilo, le harían reír en los certámenes literarios; y los predicadores gerundianos, hinchados de vana ciencia, faltos de unción, le obligarían á taparse los oídos para no escuchar aquellos sermones blasfemos que disparaban desde los púlpitos.

La entrada de los virreyes, los días de los sobera-

nos, el nacimiento de los infantes, la muerte de los reyes, las canonizaciones de los santos, le darían pretexto para regocijarse con fiestas profanas, religiosas ó fúnebres, amenizadas con representaciones en el coliseo, con fuegos artificiales, con corridas de toros, de liebres, de perros y de gatos; con carros alegóricos y arcos triunfales, llenos de símbolos mitológicos, intrincados jeroglíficos para el vulgo, que se consolaba con la lectura de su interpretación en libros al efecto publicados por pedantes bachilleres y doctores y por poetas chirles.

Recorrería la ciudad falta de limpieza y de ornato hasta el Gobierno del ilustre segundo conde de Revillagigedo; la plaza principal convertida en mercado; la horca levantándose sobre señores y esclavos; la catedral á medio concluir; el palacio convertido en fonda, *truco* y dormitorio público; las calles sin empedrado, con aguas pútridas en el arroyo, sin luces que alumbraran; algunas sirviendo de establos á las vacas y de zahurdas á los cerdos.

Y, sin embargo, la tranquilidad de aquella vida reglamentada por la campana del vecino templo: levantarse con el alba, asistir á la misa de mañana, desayunarse con espumoso chocolate y sabrosos bizcochos; comer á las doce, ó una en punto, el suculento caldo, el arroz con pollo, el puchero indigesto y otros platillos por el estilo, dormir la siesta para merendar después; ir al paseo en coche de sopandas y acostarse á la hora de la *quedada*; le prestarían motivo al curioso observador para formarse idea de una vida monótona si se quiere; pero que hacía vivir largos años á aquellas buenas

gentes, lectoras asiduas de las *Gacetas* de don Antonio José Valdés, y que asistían con positivo fervor á las procesiones del Corpus y de la Semana Santa.

Un libro especial dedicado al estudio de estas costumbres; una obra que se ocupe del origen de los nombres de nuestras calles, no lo hay completo. Algo hemos ensayado nosotros; pero falta mucho.

En cambio, si la erudición no ha hecho esto, la poesía se ha encargado de preceder á las tareas del futuro cronista de la ciudad de Méjico.

Un poeta inspiradísimo, inmortal por sí, nunca bien elogiados *Cantos del Hogar* y de la *Patria*, en los cuales nos ha conmovido hasta las lágrimas con los juegos infantiles de sus hijas y nos ha hecho estremecer de entusiasmo narrándonos episodios desconocidos de los jefes y soldados que combatieron contra la intervención y el imperio; un poeta á quien admiran propios y extraños, JUAN DE DIOS PEZA, ha venido ha ser el cantor de la ciudad fundada por Tenoch en el siglo décimocuarto, conquistada por Cortés en el año de 1521, y libertada por Iturbide el 27 de septiembre de 1821.

Y se necesitaba un poeta de la virilidad é inspiración de Juan de Dios Peza; un poeta conocidísimo como él, cuyo nombre se repite con cariño en ambos continentes, cuyas producciones se traducen al alemán, al inglés, al francés, al italiano, al portugués, al ruso y al sueco; de cuyas poesías se hacen á porfía numerosas ediciones, que se agotan en breve á pesar de imprimirse repetidas veces, lo mismo en Méjico, que en los Estados Unidos, que en París, que en Curaçao, que en

Colombia y que en Barcelona ; se necesitaba un poeta así para que cantara á la ciudad que enaltecíó hasta la hipérbole, allá en el siglo xvi, Bernardo de Balbuena.

Estaba reservado á un poeta como Juan de Dios Peza, cuya popularidad es conocida de todos, pues basta que se presente en un lugar público, en la tribuna cívica, en el teatro, en los banquetes, para que todas las manos le aplaudan y todos los labios le aclamen ; estaba reservado á él resucitar con las notas de su lira las leyendas y las tradiciones de la ciudad de los reyes aztecas y de los virreyes españoles.

Ya en otros tiempos, en hermoso libro escrito en colaboración de don Vicente Riva Palacio, había dedicado bellísimas poesías á las calles de Méjico.

Pero ahora, solo, ha querido consagrar una obra á los orígenes de nuestras calles, como un monumento á nuestros más gratos recuerdos y á nuestros más venerables héroes.

Porque Peza no se ha contentado con narrar leyendas y tradiciones, más ó menos históricas, más ó menos fantásticas. Ha hecho objeto de muchos de sus poemas, encerrados en el presente libro, á los hechos gloriosos, á las hazañas épicas, á las acciones sublimes de nuestros grandes hombres.

Cuahtemoc, el ilustre defensor de la vieja patria ; Hidalgo, el padre de nuestra nacionalidad é independencia ; Morelos, el genio por excelencia en la guerra y en la política ; Guerrero, el indomable caudillo, y Juárez, el símbolo de la segunda independencia ; todos estos héroes animan á las leyendas y tradiciones de nuestras calles, escritas por Juan de Dios Peza.

El lector que por primera vez lea esta obra, encontrará en muchas de sus admirables páginas, perfectamente caracterizados, no sólo personajes legendarios de los antiguos tiempos, sino hombres á quienes Méjico debe cruentos sacrificios, como el licenciado don Francisco Primo Verdad y Ramos, protagonista de una de estas leyendas.

No quiere decir esto que todos y cada uno de los poemas que forman el presente libro sean netamente históricos. El poeta faltaría á los más vulgares preceptos si rimara sólo la historia. Juan de Dios Peza lo mismo ha consultado polvorientos manuscritos, picados pergaminos, que tradiciones y consejas conservadas por el pueblo. Ha visitado archivos y bibliotecas y ha conversado con ancianos y testigos presenciales de muchos sucesos. Ha vaciado la verdad en los moldes poéticos para presentarla embellecida ; ha dejado que su Musa, libre de cadenas eruditas, vuele en alas de la imaginación, guiada por la fantasía, á regiones ignoradas donde ha encontrado muchas poéticas leyendas, muchos sucesos ingeniosos, que no constan en ninguna obra impresa.

Por eso ha titulado con mucho acierto á los poemas que hoy colecciona : *Leyendas históricas, tradicionales y fantásticas de las calles de Méjico*.

Respecto á la forma, nada tenemos que decir. Son bien conocidas las poesías de Juan de Dios Peza para que las elogiemos. Tendríamos que repetir aquí lo que los labios alaban, lo que las plúmas ensalzan ; hacernos eco de aplausos y aclamaciones, tan entusiastas como merecidas.

Solamente queremos consignar, porque nos consta, en abono de las bellezas y de la versificación sonora y fácil, que todos los poemas sin excepción, contenidos en la presente obra, fueron una serie de improvisaciones concebidas é impresas al mismo tiempo.

Juan de Dios Peza, leía una crónica, hojeaba un manuscrito, oía una conseja, y en breve, con esa inmensa facilidad que tiene para versificar, escribía la leyenda y la enviaba al periódico donde todas se estamparon.

Al reunir las ahora no ha querido corregirlas. Peza no aspira á sillones académicos, ni á servir de modelo á niños que estudien la lengua en la escuela. Él canta lo que siente: al amor, á su padre y á sus hijos; á sus íntimos dolores; á la Patria; á lo que nace del sentimiento y á lo que hace palpitar á los corazones.

Su nombre tal vez no figurará en los archivos de una Academia; pero su nombre vive y vivirá en los anales de la literatura patria, en los hogares todos, y en la memoria del pueblo, que transmitirá á las futuras generaciones sus romances, leyendas y tradiciones.

LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Méjico, septiembre 25 de 1897.

## LEYENDAS DE LAS CALLES DE MÉJICO

### EL INDIO TRISTE

Es media noche; la luna  
irradia en el firmamento,  
y riza al pasar el viento  
las ondas de la laguna.

En el bosque secular  
y entre el tupido ramaje,  
turba el pájaro salvaje  
la quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos  
del horizonte, á lo lejos,  
brillan cual claros espejos  
al pie del monte los lagos.

Yace en paz, sola y rendida  
de Tenoch la ciudad bella;  
parece que impera en ella  
la muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad,  
que fué tan triste su suerte  
que la orillan á la muerte  
el luto y la soledad.